

## Historial

Marta Agudo (Madrid, 1971)

■ Doctora en Filología Hispánica. Ha publicado los poemarios: *Fragmento* (2004), *28010* (Calambur, Madrid, 2011) e *Historial* (Calambur, Madrid, 2017). Coeditó *Campo abierto. Antología del poema en prosa en España* (1990-2005) y coordinó con Jordi Doce el volumen *Pájaros raíces. En torno a José Ángel Valente* (2010). Ha traducido al castellano el poemario *Tot és ara i res de Joan Vinyoli*.

*Historial*. Hablamos de lo verdadero, lo intransferible, lo silenciado. Una voz situada en el límite, en la extranjería, en lo no decible que, sin embargo, debe ser dicho. “La enfermedad es el lado nocturno de la vida, una ciudadanía más cara” a la que cada uno de nosotros pertenece, al menos por un tiempo; somos entonces “ciudadanos de aquel otro lugar”, nos recuerda la cita de Susan Sontag con la que se abre el libro. Este otro lugar, sin itinerario, este tiempo extraño en que las fechas se ordenan de forma distinta, esta especie de vacío volcado sobre el abismo de la muerte, es el de este poemario. El hospital, tantas veces deshumanizado, la subjetividad herida, puesta en suspenso, la exigencia del cuerpo con su materialidad negando el tiempo, todo reducido a espacio... ciudadanos de ese otro lugar al que nos vemos obligados a pertenecer. Pero también historial de esas otras enfermedades, tan diferentes por evitables: lo que dice el afectado dos mil quince por la talidomida, la anciana que lleva en el carrito vacío la soledad y el desamparo, las cadenas invisibles de los desheredados, los traficantes de miseria, perros abandonados: inocente sufrimiento que exige testimonio. Todo un “mapamundi del dolor”. Poemas duros, sin concesiones, pues se habla desde un espacio intransferible, donde nada puede ser enmascarado. Dice Jacques Derrida que “la guerra se libra sobre el tema de la piedad” y aquí hay lugar para la piedad: reconocer la pureza de los otros animales, el “instinto sublime del bebé”, “las manos hambrientas tendidas hacia el aire”. Frente a las formas de negar la enfermedad y la muerte de una sociedad que las oculta, donde ancianos y enfermos –cuerpos no productivos– molestan con su tenaz presencia, que maquilla la muerte –a la vez que la provoca, la disculpa, la tolera–, este libro se alza con la verdad de la poesía. Habita el espacio del silencio para dar testimonio del “oficio puntillista de la muerte” y nombrar lo que nadie quiere escuchar: lo verdadero.

*Antonio Crespo Massieu*

**Cuando quiso** darse cuenta ya tenía la densidad del enfermo.

Resignado ignorante de cómo sus células, en un alarde exhibicionista, comenzaron a reproducirse a ritmo de plaga sorda, con la ebriedad del arrecife recién acontecido.

Tumulto campestre, la masa y su espesura, el núcleo del crimen necesario.

El hombre, como escribía Octavio Paz, es materia que se piensa a sí misma. Se piensa, sí, se complace en lo divino, pero mira esta mano que sangra.

El día cabizbajo. Habitación repleta de manuales de anatomía.

Ninguna muerte se canjea por otra, ningún muerto representa a otro. El personalismo de la fiebre y el dolor disuelven el mito de las fronteras abiertas.

Aquí no se comparte nada. Y digo “aquí” porque el cáncer es un espacio; un espacio o instalación de un dios expectante que disfruta observando cómo cae pletórica y de nuevo la roca de Sísifo.

... No existen más mejillas. De nada sirve la permuta de la confesión: a tres pecados capitales ciento veinte padrenuestros; a dos masturbaciones siete rosarios y cantar bingo una vez cumplida la penitencia.

Enredarse con las algas de la vida, con la tumba de un Lázaro que de pronto se levantó y echó a andar sin comprender.

¿Fue Lázaro el primer zombi de la historia? Tenía todo por contar pero no aclaró esa ebriedad sin párpados. Menos aún el ejercicio sublime del retorno.

“**Cada edad** tiene sus cosas”, decía la madre al ver a su hija adolescente probarse esos tacones amarillos custodiados hacia el recuerdo.

Quien practicó la docilidad a los trece también lo hará a los cuarenta.

Como si de una generación perdida se tratase, nada mutó con esta persona.

Sin sugerencias, según el infalible principio de verosimilitud o un “contrato social” que sangra por sus comisuras.

Hijos tras hijos que asienten... Piezas como dorsos disciplinados.

Si en algún momento la cadena se rompe será la interrogación, la caligrafía borrosa del que se preguntó quién era él exactamente.

Detenerse o cambiar, detenerse y caminar de puntillas porque la excepción fundará el reglamento.

A cada edad su rebeldía. Historia hecha de calcetines rojos.

**Mientras, la anciana** lleva en su carrito vacío al niño que no tuvo.

**Mientras, el oficio** puntillista de la muerte.

**Testifíquese cómo** este perro se hunde en su propia agua, cómo estalla la última gota en su pupila, cómo, abandonado, recorre pese a todo las cumbres del perdón. Queda entonces y de nuevo la historia por demostrar. Generaciones de convivencia, la mano del hombre que una tarde de enero lo sedujo para una vida de igual a igual. Obligado ahora a señalarse con la mueca del mendigo, arrastra su certeza, el recado azul del inocente.

“**Con la velocidad** sumisa del suero, así nos quieren”, espetó el afectado dos mil cinco por la talidomida. Si bastase un soldado para cubrir una guerra, si las manos y piernas precipitadas de este colectivo fueran raíces que se afincan en los cerebros culpables...

... Contrasta la solidez del ladrillo de aquel laboratorio con estos cuerpos a medias, el libre albedrío con la herida que se oye cada amanecer cuando los enfermos recuerdan todo cuanto no fueron: hijastro autosuficiente, conductor suicida, madre siempre de manos anchas.

No, no será para nadie el paraíso, pero en la carne de estos hombres que *aún viven* me gusta oír su ira al descubierto, la verdad reiterada del feto que no pudo...

**El día** quince de mayo a las doce y media salió de la consulta con las palabras “enfermedad sin tregua”. El día quince de mayo a la una menos veinte tomó un café a solas porque todo lo verdadero resulta intransferible, y el dolor, que solo sabe de presente, se acomodó de acuerdo a su designio.

... **Mientras *vivir*** se escriba con *v* de *vacío*...

“**Dadme un nombre** y adivinaré su *modus moriendi*”, decía la enfermera con la sorna que solo una registradora puede albergar.

“Una baja más, otra cama libre”, el celador a su compañero allá cuando el tiempo de las habitaciones vacías.

“El enfermo de la dieciséis se ha bajado por parada cardiorrespiratoria”, la médico al MIR evitando las palabras certeras.

Corifeo alrededor de una amarra. Puño abstracto que golpea nada más nacer.

Soga sin contexto porque morir es deslizar la arena guardada en los bolsillos para sortear por  $n$  años el régimen de la gravitación.

A las tres de la mañana en el solo hospital laico de una ciudad cualquiera éramos ciento veinte menos uno.

Hecha la persona, hecho su silencio.

Dicen que alguno lloró.

Como el pez al mar es un punto inaprensible, así el cadáver al dios de los descalzos...

... **Mientras en los quirófanos** se oiga el mar no habrá anestesia suficiente para el miedo.

**Ebria de vicisitudes**, de variantes que solo importan al acostado, el collarín de la nostalgia o la cuña de la primera decepción. Sí, hasta el extremo personalista la trama de caer...

... porque la conciencia del trastorno reside en la memoria: la solo cierta: la memoria de todo el reino animal, pues sé que mi perrilla, de alguna manera consciente, está escogiendo ahora el rincón de la casa donde, a medianoche y sin que la oigamos, brinde con su cuerpo por el orden de lo vivo. Duele verla merodear. La llamamos y levantando las orejillas responde con ternura, aunque decide proseguir con la búsqueda de su recto seguro mausoleo.

Con la pureza del que supo y se deja, con la nobleza de una despedida amable. Así mi perrilla de piel incinerada.

para Bimba, junio de 2014

**Como una caravana** de síes los movimientos insondables del bebé. Puro estar entre paseo y baño. Ser cachorro es no concebir el tropiezo... La llantina, los cables porosos de la madre.

**Tercera planta.** Allí, como Orfeo buscando a Eurídice, se abren las puertas de la “Unidad de ictus”. El ictus o aprender que nadie se mueve por imperativo legal, sino que doscientos millones de células cuando el festín de la salud. Se oye el grito del que no... La mujer madura limpia a su marido la saliva que no traga o baberos para cubrir la incertidumbre de hasta cuándo podrá aguantar. El ictus o miembros que ya no, cenizas derretidas, quizás mano rehabilitada para acariciar ese nuevo micromundo de sábanas recientes, perfume abierto, deportivas nuevas como ironía. Y “por favor, no os olvidéis de mí”... Tirar la piedra y tender la mano... Tirar la piedra...

**La angustia** neutra de todos los ancianos y el instinto sublime del bebé. Intercambio de nombres sin más dramatismo que un acta de defunción y otra de nacimiento. Las dos gestiones más señaladas de nuestras vidas no las cursamos nosotros. La movilidad de la primera, la ignorancia de todo cuanto es y rodea a la segunda. ¿Adónde te escondiste, azar, con dos fechas uncidas?